

Clifford Geertz.

EL MUNDO EN UN TEXTO.

SOBRE "TRISTES TROPICOS" DE LEVI-STRAUSS.

El advenimiento del estructuralismo ("advenimiento" es la palabra adecuada; apareció de repente insospechadamente anunciado por una improbable presencia) ha conseguido alterar más la autopercepción de la antropología que la percepción de su propia temática. Cualquiera que pueda ser el futuro de la circulación del intercambio de mujeres, de los mitemas, la razón binaria, o la ciencia de lo concreto, el sentido de importancia intelectual que el estructuralismo aportó a la antropología, y más especialmente a la etnografía- en la que Lévi-Strauss declaró en cierta ocasión haber encontrado nada menos que "el principio de toda investigación"- tardará mucho en desaparecer. La disciplina había logrado ir abriéndose camino, por uno y otro lado, en el campo más amplio de la cultura: Eliot leyó a Frazer; Engels leyó a Morgan; Freud, vaya, leyó a Atkinson; y en EE.UU., al menos, casi todo el mundo ha leído a Margaret Mead. Pero nada semejante a una invasión general de todos los campos vecinos (literatura, filosofía, teología, historia, política, psiquiatría, lingüística, y hasta algunas partes de la biología y la matemática) había ocurrido hasta entonces. Tan precipitado desplazamiento desde los márgenes hasta el centro mismo de las cosas ha hecho volverse a cabezas más prestigiosas que las nuestras, y los efectos -a pesar de mi ironía, no del todo inadecuada- seguirán con nosotros, de manera más o menos permanente.

Lo más asombroso que tiene todo esto es que, usando la palabra en su sentido no peyorativo, se trata de un logro básicamente retórico. No es que los hechos curiosos o las aún más curiosas explicaciones de Lévi-Strauss lo convirtieran (como Susan Sontag, que se ocupa de estas cosas, lo llamó) en un héroe intelectual (1). Fué sobre todo el tipo de discurso que inventó para exhibir estos hechos y enmarcar tales explicaciones.

Dejando sólo en parte a un lado el pre-análisis de la leyenda de Edipo, los resultados concretos de la antropología estructuralista habían tenido, más allá de los límites de la disciplina, sólo escasamente mayor repercusión que el funcionalismo, o el evolucionismo social; e incluso posiblemente menos. Lo que consiguió cambiar la mentalidad de la época, como ninguno de esos movimientos lo hubiera logrado antes, fué la sensación de que había aparecido un nuevo lenguaje en el que todo, desde la moda femenina, como en *Le système de la mode* de Barthes, hasta la neurología, como en *The Quest for Mind* de Gardner, podía ser útilmente discutido analizado (2). Fué toda una serie de términos (signo, código, transformación, oposición, intercambio, comunicación, metáfora, metonimia, mito ... estructura), tomados en préstamo y reelaborados a partir del léxico de la ciencia como del arte, los que sirvieron para definir la empresa de Lévi-Strauss, más allá del limitado interés que muchos pudieran tener en el sistema de secciones australiano o la configuración de las aldeas bororo. Más que nada, su empresa sirvió para despejar un espacio imaginario que toda una serie de personajes en busca de autor se apresuraron a ocupar.

Debo, una vez más, dejar bien claro, a la luz de mi declarado escepticismo frente al proyecto estructuralista como programa de investigación y mi irrestricta hostilidad hacia él como filosofía de la mente, que considero semejante construcción de todo un ámbito del discurso desde el principio como un asombroso logro, perfectamente merecedor de la atención que se le ha concedido. Lévi-Strauss es, sin lugar a dudas, uno de los verdaderos "autores" que existen en antropología -y desde el punto de vista de la originalidad, quizás el mayor de todos. El hecho de que sentirme atraído a integrarme en la tradición que él autoriza, prefiriendo en cambio estrategias menos ambiguas, no tiene nada que ver con el caso. Caracterizar a alguien diciendo que intenta construir mundos textuales, no significa acusarlo ni desautorizarlo; simplemente lo sitúa.

Es, en todo caso, desde esta perspectiva, de un aprecio que no implica conversión, desde donde quiero abordar a Lévi-Strauss como "autor-escritor", en el sentido barthesiano de la palabra. El, o más bien su obra, constituye un caso especialmente iluminador de la idea según la cual separar lo que uno dice de como lo dice -contenido y forma, sustancia y retórica, *l'écrit* y *l'écriture*- resulta tan tramposo en antropología como en poesía, pintura u

oratoria. Investigar como un texto de Lévi-Strauss, o más exactamente **Tristes Trópicos**, el más hermoso de sus textos y el que mejor ilumina la totalidad de su obra, está construido, constituye una de las más ariscas empresas que quepa imaginar en lo que (tomando prestado un término, y también algunas ideas, del lingüista Alton Becker) podríamos llamar estrategias de construcción textual en antropología (3).

Por supuesto, el valor más inmediato de semejante aborde "crítico-literario" de Lévi-Strauss es que resulta muy difícil de leer; y ello no sólo, como a veces se ha dicho, para los pedestres anglosajones. Resulta difícil no sólo en el ya aceptado sentido de su ahora famosa "tropical" -chorreante de vaporosas metáforas, recubierta de lujuriantes metáforas, y ornada de extravagantes calembures ("pensamientos mentales y vegetales (4), "vías" y "avíos", e incluso, teniendo en cuenta el texto comentado, "tropos" y "trópicos")-, en la que tan fácil es perderse. También es difícil en el más profundo y serio sentido de que, aunque, extravagancias estilísticas aparte, sus libros parecen simples obras de antropología, y a veces incluso un poco pasadas de moda -especie de monografías del Bureau of American Ethnography reencarnadas-, en realidad no lo son. Acercarse a **Tristes Trópicos** con hábitos de lectura formados con **We the Tikopia** o **El hombre y la cultura**, o incluso con lo que parecería ser un mejor modelo, pero que en realidad es aún peor, **La rama dorada**, es como el caso de aquella buena señora del entremés de Thurber que consideraba a **Macbeth** una obra policíaca fallida porque desde el principio se sabía quién era el asesino.

Pero, la principal razón para abordar a Lévi-Strauss desde un punto de vista literario no es la de tipo exegético que el propio estructuralismo facilitó, sino el que sus obras, y **Tristes Trópicos** en particular, constituyen excelentes ejemplos para practicar ese tipo de mirada.

La inocencia en lo que hace a la construcción textual que atribuía a nuestra profesión en general en el anterior capítulo, ciertamente no se le aplica a él. Un poco más de autoconciencia en este sentido, y quedaría trasportado a otro plano. En el conjunto de la producción antropológica no hay obra más autoreferencial -que apunte tanto a sí misma como artefacto, y de manera deliberada, cuanto a su ostensible contenido temático- que **Tristes Trópicos**. Es el clásico ejemplo de libro cuyo tema es en gran parte él mismo, y cuya

intención es mostrar lo que, de tratarse de una novela, tendríamos que llamar su ficcionalidad; en una pintura, su composición de planos; y en una danza, su trenzado de figuras: es decir, su carácter de cosa fabricada.

Cuando leemos, digamos, **The Tallensi** de Meyer Fortes, o **Los Nuer** de Evans Pritchard, llegamos a sentir como si estuviéramos viendo la realidad situada más allá a través de un cristal. Los artificios, los costurones de la trama, las marcas de la selva resultan más o menos visibles, al menos para el ojo no entrenado. En **Tristes Trópicos**, en cambio (y, para el caso, también en **El pensamiento salvaje** y en las **Mitologías**) los artificios aparecen puestos en primer plano, señalados, y hasta floreteados. Lévi-Strauss no quiere que el lector mire a través de su texto, quiere que mire en él. Y, una vez lo ha hecho, le resultará muy difícil mirar a través de él, al menos con el anterior descuido epistemológico.

El punto crítico, sin embargo, está en que semejante aborde modal-textual de **Tristes Trópicos** conduce a una especie de irregular interpretación de la obra de Lévi-Strauss, tanto de las partes que la constituyen, como de la hasta ahora no desplegada totalidad que dichas partes constituyen. O, por decir las cosas de un modo menos general, podemos contraponer a los dos abordes habituales de la *oeuvre entière*, un tercero que dé de la *oeuvre*, y por extensión del estructuralismo en su conjunto, una visión distinta. Ras- trear las estrategias de libro tan estratégico no constituye tan sólo (por emplear un libelo habitual) tan sólo un ejercicio literario. Es también un ejercicio de revisión.

De los dos abordes habituales de la obra de Lévi-Strauss en su conjunto, el más común porque parece ser el más simple y familiar a los historicistas ojos de los occidentales, es el de considerarlo como un desarrollo lineal: visión que el propio Lévi-Strauss, con un cierto ánimo mistificador en mi opinión, dada su famosa hostilidad hacia todo tipo de historicismo, ha ayudado a promover.

Semejante visión, como tendencialmente ocurre con todas las perspectivas lineales, tiene un carácter esencialmente "whig" (5). La gran empresa estructuralista comienza con **Las estructuras del parentesco**, en el más típico de

los dominios antropológicos, el de las relaciones de parentesco, donde da sus primeros pasos firmes. Pero se ve atrapado por la actualidad social de todo ello: el intelecto hundido en la materialidad. Luego, sigue la historia, en el "análisis estructural del mito" y en **El totemismo en la actualidad**, empieza a sacudirse toda esa escoria social para penetrar más directamente en su tema específico, la estructura forma del intelecto humano. Este enfoque resulta codificado, sistematizado y convertido en verdadera ciencia, similar al marxismo, la geología o el psicoanálisis, en **El pensamiento salvaje**; tras lo cual, accede a su triunfante culminación en ese gran archivo tetralógico del intelecto campando libremente por los escenarios de su propia imaginaria, que son las **Mitológicas**.

Nos llevaría demasiado lejos de nuestro tema señalar las dificultades que presenta esta visión de la obra de Lévi-Strauss como dedicada a describir el ascenso de la naturaleza a la cultura, de la conducta al pensamiento, de la materia al espíritu. Resulta plausible sólo en la medida en que pase por alto la cronología o, mejor aún, en la medida en que no se estudien muy de cerca las relaciones intertextuales que pueden establecerse, independientemente de la secuencia, entre las diversas obras.

Las estructuras elementales, con su rastreo de las transformaciones lógicas a lo largo y ancho de vastos espacios geográficos, resulta más próximo a las **Mitológicas**, siendo dos décadas anterior, que **El pensamiento salvaje**, con sus cargas de caballería teóricas, sus piezas de repertorio epistemológico, y sus querellas **Rive Gauche**, a pesar de haber sido publicado sólo un año antes que el primer tomo de las **Mitológicas**. Uno de sus más recientes libros, **La vía de las máscaras**, especie de capítulo suelto de las **Mitológicas**, fué publicado en 1979, pero había sido concebido en 1943, antes aún que el primero de sus libros publicados, **La vie familiale et sociales des indiens Nambikwara**. Y el meollo de su argumentación aparece expuesto en esqueleto, en poco más de treinta páginas, en el "Análisis estructural del mito", escrito en los años 50. El resto es una inmensa nota a pie de página.

Debido a los problemas que la interpretación "whig" tan obviamente plantea en el caso de un escritor tan acrónico como Lévi-Strauss, yendo a lo concreto de los hechos, (ni siquiera cada libro por separado se desarrolla linealmente como suelen hacer las monografías, empezando por el principio y terminan-

do por el final, sino que avanzan más bien en círculo, revoloteando en torno al tema, como remotas y cloqueantes meditaciones aviares), otro abordaje de su obra le ha parecido a toda una serie de gente mucho más prometedor. Consiste en verla de forma recurrente, de modo que cada fase de ella, o incluso cada libro concreto, aparece como la aplicación constante e inmutable de la mirada estructuralista a un dominio distinto de la investigación antropológica; una enorme indagación rotatoria, que primero ilumina un rincón, y luego el siguiente.

En esta visión de la historia, un Lévi-Strauss de acabado intelecto y segura intención, va apartando de su camino una tras otra las diversas ideologías que lo obstaculizan. En **Las estructuras elementales** incide en la controversia Warner/Radcliffe Brown/Murdock sobre el parentesco, desplazando por completo el eje de la disputa. En **El totemismo** liquida el durkheimismo y su vulgarización radcliffe-browniana. En **El pensamiento salvaje** arremete contra Sartre, la epistemología 1ª de la historia. En las **Mitológicas** desmantela y reformula, en estilo **bricoleur**, el conjunto de temas tratados por Boas/Müller/Frazer. Y su estilo retórico de argumentación varía de manera apropiada según va cambiando la rueda de su atención. Es maussiano (los hombres se comunican entre sí intercambiando mujeres) cuando trata de Australia y del Sudeste asiático. Funcionalista británico (aunque con signos cambiados, "bueno para pensar, y no bueno para comer") en **El totemismo**. Trans-marxista y alto-lingüista (**imágenes mundi** y metonimias animales) en **El pensamiento salvaje**. Y muestra una mezcla de esteticismo ("overtura", "coda", "aria del desanizador", "fuga de los cinco sentidos", "cantata del oposum") y enciclopedismo de las Luces (de ARAWAK a ZAPOTECA) en las **Mitológicas**.

No entraré tampoco en los problemas de este segundo abordaje. Resulta en ciertos aspectos mejor que el primero (al menos evita el mito del progreso). Es peor, en cambio, en otros (la total estabilidad del programa estructuralista desde 1949 a 1979 resulta, por decirlo suavemente, difícil de establecer). El punto crítico está en que, como sugiere mi propia falta de mención, ambos enfoques por igual tienen dificultades para acomodar en algún sitio a **Tristes Trópicos**. Aparece como algo gratuito, cuando no embarazoso: una pausa reflexiva, más bien innecesaria, en su larga marcha hacia la pureza intelectual, en el enfoque lineal; una mera expresión personal, una autocomplacencia que puede pasarse perfectamente por alto, en el enfoque recurrente. Dado

que yo la considero la obra clave, el centro en torno al cual el conjunto pivota, tendré que ingeniar un tipo de aborde distinto. En mi opinión, la obra de Lévi-Strauss no está organizada ni de manera lineal, como una progresión de visiones, ni tampoco de manera discreta, como una serie de reformulaciones discontinuas de un solo y fijo punto de vista; más bien parece organizada de manera centrífuga. Es posible, creo, y también provechoso, ver el conjunto de las obras de Lévi-Strauss, como la excepción de **Tristes Trópicos**, e incluyendo aquellos textos que, al menos en términos de publicación predan en él, como un despliegue parcial de dicho libro, como desarrollos de vetas concretas que, como mínimo de manera embrionaria y generalmente más que eso, se hallan presentes en éste, el más complejo de sus escritos.

Que esta visión tipo huevo cósmico de **Tristes Trópicos** sea la última palabra sobre el asunto es sin duda cuestionable; pero no al menos hasta que haya sido explorado. Contemplar a **Tristes Trópicos**, en términos de construcción textual, como el architexto a partir del cual todos los demás textos, en el sentido lógico de la palabra, han sido generados -según los versos de Stevens: "lorito de loritos que sobre la selva de loritos prevalece una pepita de vida en medio de una profusión de colas"- puede conducir a una mejor comprensión del pensamiento de Lévi-Strauss del que pueden permitir verlo, o bien como una serie progresiva de visiones estereas, o como la reiteración de un tema estático y obsesivo.

Desde esta perspectiva, lo primero que hay que decir sobre **Tristes Trópicos**, y en cierto sentido lo último también, es que es varios libros a la vez, varias diferentes clases de textos superpuestos que dan lugar a un patrón genérico, de calidad semejante al muaré. "Superpuestos", sin embargo, no es la palabra correcta. Porque lo que en **Tristes Trópicos** encontramos no es una disposición jerárquica, en profundidad, de los textos, de modo que uno se esconde debajo del otro, y la interpretación consiste en profundizar, excavar hasta los estratos más profundos. Lo que tenemos es, más bien, un conjunto de textos co-ocurrentes, concurrentes, e incluso a veces mutuamente interferentes, que aparecen situados en un mismo nivel.

El libro es prácticamente un análogo de la imagen caleidoscópica que Lévi-Strauss da del "pensamiento concreto": una conjunción sintáctica de elementos discretos, conectados horizontalmente sobre lo que Jacobson ha lla-

mado el eje de la contigüidad, más que una jerarquía paradigmática de elementos continuos, ordenados verticalmente en lo que ha denominado el plano de la semejanza (6). **Tristes Trópicos** es un poema formalista ruso/checo típico-ideal: el sentido aparece construido proyectando el eje analógico de la sustitución paradigmática, la "metáfora" de Jakobson, sobre el eje digital de la combinación sintáctica, es decir, su "metonimia". Es, por decirlo de un modo más informal, y en lenguaje menos especializado, el texto múltiple **par excellence**: varios libros a la vez hojaldrados para producir ... bien, volveremos sobre lo producido más adelante. primeramente es necesario considerar los elementos componentes, los libritos que desordenadamente se destacan y permiten acceder al libro de conjunto. En primer lugar aparece, por supuesto, y a pesar de la irónica y autorreflexiva negación del famoso capítulo inicial, un libro de viajes de género bien reconocible. Fui a este sitio, fui a aquel otro; vi esta cosa extraña y aquella otra; me sentí asombrado, aburrido, excitado, decepcionado; me salieron ampollas en el trasero, y cierta vez en el Amazonas ... -todo ello con el mensaje sublimar: ¿no les gustaría haber estado allí conmigo y hacer lo mismo?

Una invitación al sueño escapista y aventurero, e incluso al sueño sin más. Puede mostrarse tan por encima como quiera de las lecturas tipo diapositiva, de los cuentos sobre el perro del barco, o las descripciones de gaviotas volando en círculos; basta escucharlo cuando habla de Fort de France:

Alrededor de las dos de la tarde, Fort de France era una ciudad muerta; parecían deshabitadas las casuchas que bordeaban una larga plaza de palmeras y pasto, semejante a un terreno baldío, en medio del cual, como olvidaba, se veía la estatua de Josephine Tascher de la Pagerie (luego Beauharnais) -(se trata, por supuesto, de la Josefina de Napoleón)-. Apenas instalados en el hotel desierto, el tunecino y yo, conmovidos aún por los acontecimientos de esa mañana, nos precipitamos a un coche de alquiler en dirección del Lazareto, para reconfortar a nuestros compañeros, y particularmente, a las dos jóvenes alemanas que durante la travesía consiguieron darnos la impresión de tener gran prisa por enganar a sus maridos tan pronto como consiguieran asearse. Desde este punto de vista, el asunto del Lazareto aumentaba nuestra decepción. (7).

Que resulta a la vez lo bastante crudo y lo suficientemente coqueto como para servir para una lectura tipo diapositiva.

U oigámoslo mucho más adelante, al ir a trabar contacto con los tupi-kawahib de la meseta amazónica:

En junio Cuiabá. Ahora estamos en setiembre. Desde hace tres meses deambulo a través de la meseta, acampando con los indios mientras los animales descansan, o revisando las etapas cumplidas, mientras me interrogo sobre el sentido de mi empresa; el paso entrecortado de mi mula mantiene mis magulladuras, tan familiares que en cierto modo se han incorporado a mi ser físico, y las extrañaría si no las encontrara cada mañana. La aventura se ha dividido en el aburrimiento. Durante semanas, la misma sabana austera se extiende ante mis ojos; tan árida que las plantas vivas se distinguen con dificultad de la hojarasca de algún campamento abandonado. Las huellas ennegrecidas de las fogatas parecen el fin natural de esa marcha unánime hacia la calcinación. (8)

"Mi vida con los cazadores de cabezas" o "Dos años en el Africa Negra" difícilmente podrían mejorar, o empeorar, esta especie de tono a lo Richard F. Burton/T.E. Lawrence. En realidad, hay referentes franceses que podrían resultar más adecuados. La **haute vulgarisation** que caracterizó a la Tercera República tenía este mismo sello de fábrica: el **Viaje al Congo** de Gide, los intensamente leídos libros de viajes novelados de Loti, o incluso una figura tan mandarinesca como Malraux, al menos en su fase arqueológica extremo-oriental, parecen los prototipos adecuados a la actitud y el estilo que Lévi-Strauss adopta aquí. Un intento sistemático de conectar **Tristes Trópicos** con la literatura francesa de viajes contra la que supuestamente estaba reaccionando, a pesar de reencarnarla, e incluso explotarla, podría resultar extremadamente revelador. En cualquier caso, y cualesquiera que puedan ser los modelos, la imagen del viajero endurecido, cercado por las penalidades pero terriblemente **interesado**, nunca abandona libro, y pone en relación su relato con un tipo de conciencia social -vulgar, en el sentido etimológico y no peyorativo, de la palabra- que este casi típico **normalien** (aunque, como cuidadosamente señala en **Tristes Trópicos**, por propia elección, nunca quiso serlo en sentido literal) nunca querría admitir, y de la que en verdad pasó gran parte de su carrera intentando tomar distancias.

En segundo lugar, el libro, por extraño que pueda parecer, es también una obra etnográfica. Etnografía controvertida sin duda, y quizás un tanto subpersubrayada; pero la pose de etnógrafo una y otra vez afirmada, así como la continuamente rechazada de simple turista, tampoco abandona nunca el libro. En verdad, su continua insistencia a este respecto llega a hacerse en ocasiones un tanto pesada:

En esta antinomia que opone por una parte el oficio y por la otra una empresa ambigua que oscila entre la misión y el refugio, siempre par-

típico de ambos, aunque siendo más bien siempre o bien la una o el otro, la etnografía ocupa ciertamente un lugar de privilegio. Es la forma más extrema concebible del segundo término (esto es, el "refugio"). El etnógrafo, a la vez que admitiéndose humano, trata de conocer y juzgar al hombre desde un punto de vista suficientemente elevado y distante para abstraerlo de las contingencias particulares de tal o cual sociedad o civilización. Sus condiciones de vida y de trabajo lo excluyen físicamente de su grupo durante largos periodos; por la violencia de los cambios a los que se expone, adquiere una especie de desarraigo crónico: nunca más en ninguna parte volverá a sentirse en su casa; quedará psicológicamente mutilado. Como la matemática o la música, la etnografía constituye una de esas raras vocaciones auténticas. uno puede descubrirla en sí mismo, aunque no se la hayan enseñado. (9)

El antropólogo, como aquí aparece, se aventura a ir adonde las almas inferiores -sus colegas de tertulia en París; la élite afrancesada de Sao Paulo; sus superficiales y snobs alumnos brasileños; y también tú, querido químico, filósofo o historiador, encerrado en tu laboratorio, estudio o museo- no osan penetrar, para aventurarse en formas de existencia que sólo por la lectura llegarán a conocer: este tipo de observación recorre igualmente todo el libro. La mística del trabajo de campo que Malinowski fundó y Mead proclamó, encuentra aquí su apoteosis, significativamente por parte de alguien que no ha llevado a cabo mucho trabajo de este tipo y llega a negar incluso su autoridad experiencial, como hace en **Tristes Trópicos**, considerándola una especie de "metafísica de modistilla".

Al revés que los textos de viajes, sin embargo, que por naturaleza se limitan a referir una cosa tras otra, el texto etnográfico tiene tesis, la tesis de hecho que Lévi-Strauss ha venido defendiendo más o menos desde hace un cuarto de siglo, a saber: "el conjunto de las costumbres de un pueblo tiene siempre un estilo particular: tiene un carácter sistemático". La "obertura" y la "coda de las **Mitológicas** son quizás los enunciados más potentes. "El análisis estructural del mito", su enunciado más sistemático, y el capítulo cuarto de **El totemismo**, el más claro. Pero Lévi-Strauss nunca escribió el Estructuralismo con mayúsculas tan claras como consiguió hacerlo en **Tristes Trópicos**:

El conjunto de las costumbres de un pueblo está marcado siempre por un estilo; dichas costumbres forman sistema. Estoy persuadido de que tales sistemas no existen en número ilimitado y de que las sociedades humanas, al igual que los individuos -en sus sueños, sus juegos y sus delirios- jamás crean de manera absoluta, sino que se limitan a elegir ciertas combinaciones en un repertorio ideal que sería posible reconstruir. Si se hiciera el

inventario de todas las costumbres observadas, de todas aquellas imaginadas en los mitos, así como las evocadas en los juegos de los niños y de los adultos, de los sueños de los individuos sanos o enfermos y de las conductas psicopatológicas, se llegaría a una especie de tabla periódica, como la de los elementos químicos, donde todas las costumbres reales o simplemente posibles aparecerían agrupadas en familias y donde bastaría reconocer aquéllas que las sociedades han adoptado efectivamente."

En tercer lugar, además de un libro de viajes y de un informe etnográfico, el libro es un texto filosófico. Y lo es no solamente en el sentido del hombre de la calle de un texto flamboyantemente reflexivo -cosas del estilo del "guiño cargado de paciencia que intercambia uno con su gato" (12) -y lleno de crípticas afirmaciones- "marxismo y budismo vienen a hacer lo mismo, sólo que a diferentes niveles". Es un texto filosófico en el sentido académico de la palabra y se dirige, con clara resolución hacia el meollo mismo de la reflexión occidental: los fundamentos naturales de la sociedad humana. No sólo espera Lévi-Strauss encontrar vivo el Contrato Social de Rousseau en el corazón de la jungla amazónica -contradiendo así teorías de los orígenes de la socialidad como la del parricidio originario de Freud o la del Leviatán de Hume-, sino que piensa que entre los nambikwara las cosas ocurren literalmente así:

Los hechos nambikwara se suman a otros para recusar la vieja teoría sociológica temporalmente resucitada por el psicoanálisis, según la cual el jefe primitivo encontraría su prototipo en un Padre simbólico ... Quisiera poder mostrar el apoyo considerable que la etnología contemporánea da, con respecto a ésto, a las tesis de los filósofos del XVIII. Sin duda el esquema de Rousseau difiere de las relaciones cuasi-contractuales que existen entre el jefe y sus compañeros. Rousseau había encarado un fenómeno totalmente distinto: el de la renuncia a la propia autonomía por parte de los individuos en provecho de la voluntad general. Pero no es menos cierto que Rousseau y sus compañeros contemporáneos dieron pruebas de una intuición sociológica profunda cuando comprendieron que actitudes y elementos culturales tales como el **contrato** y el **consentimiento** no son formaciones secundarias, como lo pretendían sus adversarios y particularmente Hume: son las materias primas de la vida social y es imposible imaginar una forma política en la que no estén presentes (13).

Lévi-Strauss no solamente piensa que ha encontrado el Contrato Social **in vivo** (reivindicación semejante a decir que se ha encontrado el país donde están almacenadas las Ideas platónicas o los Números kantianos). Quiere dar nueva respectabilidad al modelo rousseauiano de la **société naissante**, que ve lo que ahora llamaríamos neolítico, empleando las propias palabras de Rousseau, como "**un juste milieu entre l'indolence, d'état primitif et la pé-**

tuant activité de notre amour propre" ("un justo medio entre la indolencia del estado primitivo y la petulante actividad de nuestro amor propio"). Ojalá nunca hubiéramos abandonado ese estadio, que necesitamos ahora reconstruir, y que podemos reconstruir porque el modelo de Rousseau es eterno y universal (14). Mediante el conocimiento de otras sociedades, podemos distanciarnos de la nuestra propia y construir sobre la base de un ideal situado más allá del espacio y el tiempo, un orden social racional, en el que, dice Lévi-Strauss, el hombre pueda vivir. Y esto, a su vez, conduce al cuarto tipo de texto que configura **Tristes Trópicos**: el panfleto reformista. Enorme es hasta la fecha el número de dicterios que se han lanzado contra Occidente por su impacto sobre las sociedades no occidentales, pero pocos habrá, por radicales que puedan ser sus autores, que tengan la devastadora acritud y potencia de Lévi-Strauss en **Tristes Trópicos**. Hace que Franz Faron suene positivamente genial. Los pasajes a esto referidos son famosos. Las descripciones de los pervertidos "antiguos salvajes" que afeaban los alrededores de Sao Paulo; las diatribas contra las botellas de cerveza vacías y las latas de conserva desechadas; y el intenso odio hacia la civilización industrial que se abre paso por todas partes: no hace falta citarlos de nuevo. Lo que hay que señalar es que conectan claramente con una corriente del pensamiento reformista de finales del XIX y principios del XX, la que en Francia aparece representada por Flaubert, en Alemania por Nietzsche, y en Inglaterra por Pater o Ruskin; una corriente que reaccionó contra gran parte de la vida moderna por una repugnancia de tipo estético elevada, o en todo caso transportada, al terreno moral. Disgusto transustanciado.

Simplemente para mostrar que esto constituye un tema genérico en Lévi-Strauss, citaré sus comentarios sobre las ciudades del Tercer Mundo, describiéndolas como un todo. (El pasaje, remendado y expresamente aplicado a las ciudades indias, se halla incluido en **Tristes Trópicos**, aunque es uno de los capítulos suprimidos en la traducción de Russell): "Basura, desorden, promiscuidad, rozamientos; ruinas, barracones, barro, inmundicia; humores, excrementos, orina, pus, secreciones, rezumaderos; todo aquello contra lo cual la vida urbana europea nos parece ser la defensa organizada, todo lo que nosotros odiamos, todo aquello de lo que nos protegemos a tan alto precio, todos los subproductos de la cohabitación, no alcanzan aquí jamás un límite. Más bien forman el medio natural que la ciudad necesita para prosperar" (15).

Y el crimen, por supuesto, está en que hemos sido nosotros los que hemos producido éso, bien sea como consecuencia de nuestra inhumanidad; nosotros que, como dice en alguna parte de *Tristes Trópicos*, hemos arrojado nuestra porquería a la cara de las gentes del resto del mundo que ahora nos la devuelven. Como panfleto reformista, *Tristes Trópicos* es una explosión, menos de rabia **moraliste** -es ésta una de las cosas que lo distinguen de Sartre, más preocupado por la dominación que por la degradación de las gentes- que de repugnancia estética. Al igual que Swift, la profunda repugnancia social de Lévi-Strauss parece surgir de un nivel de repugnancia más profundo por lo físico y lo biológico. Su radicalismo no es político, es sensorial.

En quinto y último lugar, *Tristes Trópicos* es, de manera totalmente deliberada, una especie de texto literario simbolista (rasgo que James Boon, en su escasamente apreciado ensayo, *From Symbolism to Structuralism*, ha subrayado en la obra de Lévi-Strauss en general) (16), una aplicación de la perspectiva **symboliste** a la cultura primitiva: Mallarmé en Sudamérica.

Esto resulta mucho más fácil de apreciar en el texto francés, donde la prosa misma espejea la duda literaria. No obstante, resulta lo suficientemente enfático en varios pasajes como para resistir la traducción:

En tales predilecciones (las de ver el espacio y el tiempo en términos cualitativos, etc.) veo más bien la huella de una sabiduría que los pueblos salvajes han practicado de manera espontánea y contra la cual la rebelión moderna es la verdadera insensata. A menudo supieron conseguir su armonía mental con menor esfuerzo. ¡Cuánto desgaste, cuántas inútiles molestias nos evitaríamos si aceptáramos reconocer las condiciones reales de nuestra experiencia humana, y el hecho de que ni depende de nosotros liberarnos íntegramente de sus marcos y ritmos! El espacio posee sus valores propios, así como los sonidos y los perfumes tienen un color y los sentimientos un peso. Esta búsqueda de las correspondencias no es ni un juego de poetas ni una farsa (como se han atrevido a decir del *Sonnet des Voyelles*, de Rimbaud, ejemplo clásico para el lingüista que conoce el fundamento, no del color de los fonemas, variable según los individuos, sino de la relación que los une e involucra una limitada gama de posibilidades), sino que presenta al sabio el terreno más nuevo de todos, cuya exploración puede procurarle aún ricos descubrimientos. Si los peces distinguen los colores en claros y oscuros, lo mismo que el esteta, y las abejas clasifican las intensidades luminosas en términos de pesantez -para ellas la oscuridad es pesada y la claridad liviana-, la obra del pintor, el poeta y el músico, los mitos y los símbolos del salvaje, deben aparecerse, si no como una forma superior de conocimiento, por lo menos como la más fundamental, la única verdaderamente común.

Y continúa en la misma vena, siguiendo con un tema principal de las **Mitológicas**: "Las ciudades han sido a menudo comparadas con las sinfonías y los poemas; y esta comparación me parece perfectamente natural: son de hecho objetos de la misma naturaleza ... en parte vividos y en parte soñados" (18). (Aparentemente se trata de ciudades distintas de las pestilentes que acabamos de ver. Y de hecho, esta pizca de lirismo se ve inmediatamente corregida por una crítica de las ciudades brasileñas, esta vez por ser resultado de "decisiones de ... ingenieros y financieros", en vez de frutos del crecimiento espontáneo, como los poemas y las sinfonías, carentes de melodía, desacompañadas, por así decir: cacofonías mecánicas producidas por "modernos" sordos a los tonos).

Que Lévi-Strauss está preocupado por situarse a sí mismo y situar a su texto en la tradición literaria establecida por Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud, y -aunque, hasta donde puedo recordar, no lo menciona ni una vez en **Tristes Trópicos**- especialmente Proust, es algo que claramente se desprende del modo como escribe, de lo que escribe, y de lo que dice estar preocupado por hacer: descifrar, y al descifrar, recobrar el poder usar la sensual imaginaria del pensamiento neolítico. **Tristes Trópicos** es, en cierto modo, un registro de la mentalidad simbolista, que posee, no sólo a los indios, sino que Lévi-Strauss insiste en que también lo posee a él, en su acción por las junglas y sabanas del Amazonas:

Brasil y el Amazonas no significaban demasiado para mí. No obstante, veo aún con gran nitidez las imágenes que de inmediato evocó en mí esta proposición inesperada (de trasladarse allí). Los países exóticos se me aparecían como lo opuesto de los nuestros; el término de "antípodas" encontraba en mi pensamiento un sentido más rico y más ingenuo que su contenido real. Me hubiera asombrado mucho oír que una especie animal o vegetal podía tener el mismo aspecto en ambos lados del Globo. Cada animal, cada árbol, cada brizna de hierba tenía que ser radicalmente distinta; exhibir al primer golpe de vista su naturaleza tropical. Brasil se esbozaba en mi imaginación como haces de palmeras contorneadas que disimilaban arquitecturas extravagantes; bañado en un aroma de sahumerio, detalle olfativo introducido sobrepresuntamente, al parecer, por la homofonía inconscientemente sentida de las palabras **Brésil** y **grésiller**; éso explica mejor que toda experiencia adquirida el hecho de que aún piense hoy en Brasil como en un perfume quemado.

Estas imágenes, retrospectivamente consideradas, ya no me parecen tan arbitrarias. He visto que la verdad de una situación no se encuentra en su observación diaria, sino en la destilación paciente y fraccionaria que el equívoco del perfume me invitaba quizás desde entonces a poner en práctica en forma de un retruécano espontáneo, vehículo de una lección simbólica que yo no estaba en condiciones de formular de manera clara y distinta.

Más que un recorrer, la exploración es un escudriñar; una escena fugitiva, un rincón del paisaje, una reflexión cogida al vuelo, es lo único que permite comprender e interpretar horizontes que, de otro modo, serían estériles. (19)

El libro es un registro del encuentro entre una mentalidad simbolista (la francesa) y otras mentalidades igualmente simbolistas (bororo, caduveo, nam-bikwara), en el intento por penetrar totalmente su coherencia interna con vistas a hallar en ellas una réplica de lo que constituye "la más fundamental forma" de pensar. Como yo digo, sólo una cita más extensa podría sacar ésto plenamente a la luz: el acento puesto en la afinidad entre memoria, música, poesía, mito y sueño; la idea de un sentido-lenguaje **sauvage** de carácter universal, medio enterrado en cada persona (y más profundamente enterrado en nosotros, que hemos abandonado la **societê naissante**, que en los primitivos); y el mundo cerrado de significados que de ellos resulta.

Tristes Trópicos es a la vez la **Busca del tiempo perdido** y el **Coup de dès** de Lévi-Strauss, e insiste en ser leído como tal, como parte del esfuerzo simbolista por introducir orquestalmente imágenes inmediatas en signos absolutos, algo para lo que los antropólogos británicos y americanos corrientes no están especialmente bien equipados y a lo que no parecen ciertamente muy inclinados.

Así pues: un libro de viajes, e incluso una guía turística, aunque, como los trópicos, pasada de moda. Un informe etnográfico, que intenta fundar otra **scienza nuova**. Un discurso filosófico, que intenta rehabilitar a Rousseau, al Contrato Social, y las virtudes de la vida no afanosa. Un panfleto reformista, que ataca el expansionismo europeo desde bases estéticas. Y una obra literaria que ejemplifica y desarrolla una causa literaria ... Todos ellos se hallan entremezclados, yuxtapuestos como cuadros de una exposición ¿produciendo en su interacción concretamente qué? ¿Qué tipo de **muarê** emerge de ello? En mi opinión, lo que emerge, y supongo que no debe resultar sorprendente, es un mito (20). La forma total del libro, que es toda ella un enteverado sintáctico, metonímico, de textos-tipo, es una historia iniciática: la partida de las riberas familiares, aburridas y curiosamente amenazadoras; el viaje, lleno de aventuras, por otro mundo, más oscuro, y lleno de fantasmas y extrañas revelaciones; el misterio culminante, el otro absoluto, secuestrado y opaco, con el que se confronta en lo profundo del **sertao**; y la vuelta a casa para contar sus aventuras, con un tanto de ingenio y un tanto

de fatiga, a los que, satisfechos y poco amigos de aventuras, se han quedado en casa. También esto, por supuesto, el mito del antropólogo como buscador iniciático, puede ser considerado como un texto yuxtapuesto más, metonímicamente anexo a los otros, de modo que el significado del todo, en buen estilo estructuralista (y con no menor reticencia estructural) redica más en la conjunción misma que en las partes conjuntas. Lo que parece claro, sin embargo, es que desde la época de la publicación de **Tristes Trópicos** -o, más exactamente, tras la experiencia que por supuesto precedió a **todos** sus escritos- Levi-Strauss no ha dejado de dedicarse a escribir un mito sobre los mitos que pudiera lograr lo que las experiencias directas relatadas en **Tristes Trópicos** finalmente (e inevitablemente, por la naturaleza misma de los hechos) no consiguieron reunir los múltiples textos-tipo en una única estructura, una "mito-lógica", en sí misma concebida como un ejemplo de su objeto, y revelar así los fundamentos de la vida social, e incluso, los fundamentos de la existencia humana como tal.

Visto de este modo, el corpus de la obra sistemática de Levi-Strauss aparece como una larga realización en el tiempo, en la que los distintos textos que forman el complejo de **Tristes Trópicos** aparecen conectados y reconectados una y otra vez en una gran variedad de relaciones sintácticas. Si de algún modo puede decirse que el mito-texto surge del agragado que es **Tristes Trópicos** para dominar el conjunto de la **oeuvre** que se despliega a partir de él, ello quiere decir, por ponerlo de algún modo, que la sintaxis de la sintaxis, la forma envolvente abstracta representa, o mejor, gobierna el todo. Esta es la razón de que Levi-Strauss considere el mito, la música y las matemáticas como la más directa expresión de la realidad, y su estudio la única y verdadera vocación. Lo que desemboca, si se puede decir que desemboca en algo, en una metafísica formalista del ser, nunca enunciada pero siempre insinuada, nunca escrita pero siempre exhibida. Esto nos llevaría, sin embargo, a interpretar ulteriormente la doctrina de Levi-Strauss, en cuanto opuesta a la investigación de sus estrategias discursivas, más allá de lo que aquí resulta posible (21). El punto crítico, en lo que al antropólogo como autor concierne, su vida y sus obras, su construcción de textos, etc., es la perfectamente distintiva representación del "estar allí" que **Tristes Trópicos** desarrolla, y la igualmente distintiva representación, concretamente invertida, de la relación entre referencia textual y el mundo al que el texto hace referencia. Por decirlo de una manera brutal, aunque no imprecisa, Levi-Strauss sostiene que la especie de inmediato y personal "estar

allí" que suele asociarse con el grueso de la reciente antropología británica y americana es esencialmente imposible: es, o bien un fraude consumado o un fatuo autoengaño. La idea de una continuidad entre experiencia y realidad, dice ya bien al principio de *Tristes Trópicos*, es falsa: "el paso entre los dos órdenes es discontinuo... para alcanzar lo real es necesario primero repudiar lo vivido, aunque para reintegrarlo después en una síntesis objetiva despojada de todo sentimentalismo (esto es, de toda *sensibilité* "conciencia", "sensibilidad", "sensación") ... la misión que se asigna a la filosofía ... consiste en comprender el ser, no en relación a uno mismo, sino en relación a sí mismo" (22).

Pero lo más interesante es que esta convicción, muy cercana a la fe, de que los "salvajes" se entienden mucho mejor, no intentando tanto vivir personalmente lo más de cerca posible su propia vida, compartiéndola, cuanto reduciendo sus expresiones culturales a pautas abstractas de relación, aparece en *Tristes Trópicos* expresada como surgida de una experiencia revelatoria (o quizás mejor, antirevelatoria) crucial: el estéril y fallido fin de la Búsqueda Inicial. Cuando por fin consigue alcanzar a los salvajes consumados por los que ha estado suspirando -los "intactos" tupi-kawahib- los halla inasequibles:

Yo había querido llegar hasta el extremo límite del salvajismo; ¿no me bastaban aquellos graciosos indígenas que nadie antes que yo había visto, que nadie quizás vería después? Al término de un excitante recorrido, tenía allí mis salvajes ¡y qué salvajes! Como no supe de su existencia hasta el último momento, no había podido reservarles el tiempo indispensable para conocerlos. Ellos estaban allí dispuestos a enseñarme sus costumbres y sus creencias, y yo no sabía su lengua. Tan próximos a mí como una imagen en el espejo, podía tocarlos, pero no comprenderlos. Recibía al mismo tiempo mi recompensa y mi castigo. Con sólo que lograra adivinarlos perderían su condición de extraños, y tanto me habría valido haber permanecido en mi aldea. O bien, como en este caso, conservaban su extrañeza, tampoco podía hacer uso de ella, puesto que no era capaz de entenderlos. Entre ambos extremos ¿qué ejemplos equívocos nos proporcionan las excusas de las que vivimos? En la confusión que se engendra en nuestros lectores, por observaciones, profundizadas hasta el límite mismo de la inteligibilidad, pero interrumpidas a mitad de camino, ya que sorprenden a seres semejantes a aquéllos para los cuales tales usos son habituales ¿quién es, finalmente, el verdadero burlado? ¿el lector que cree en nosotros, o nosotros mismos...? (23)

La respuesta a esta pregunta retórica es, por supuesto, ambos: el lector, porque acredita al antropólogo con un tipo de experiencia que éste en realidad no ha tenido; el antropólogo porque imagina que la ha tenido, y es eso

lo que les da autoridad para poder hablar. Analizando los fundamentos de la comprensión en profundidad de los modos de vida distintos -el "estar allí" en su sentido más amplio- no puede llegar a conseguirse mediante la personal inmersión en ellos. Sólo puede lograrse mediante la reducción de sus producciones culturales (mitos, artes, rituales), las cosas que dan a sus vidas esa apariencia inmediata de extrañeza, a un análisis universalizador que, al disolver la inmediatez, disuelva su extrañeza. Lo que en un plano próximo resulta remoto, al distanciarlo, comienza a resultar próximo (24).

Y ésto nos lleva, la fin y a la postre, a la característica distintiva de toda la obra de Levi-Strauss, una característica en la que todo el que trata con ella tarde o temprano repara: su extraordinario aire de abstracta autocontención. "Distante", "cerrado", "sofocante", "cerebral", son los epítetos que su especie de literario absolutismo suele concitar. Ni retratar vidas, ni evocarlas, ni interpretarlas, ni explicarlas, sino más bien disponer y rediseñar los materiales que las vidas han dejado en cierto modo tras de sí, constituyéndolas en sistemas formales de correspondencias; sus libros parecen existir tras un cristal, discursos autosellados en los que los jaguares, el semen y la carne podrida son admitidos sólo para formar oposiciones, inversiones, isomorfismos. El mensaje final de *Tristes Trópicos*, y de la *oeuvre*, que se despliega a partir de él, es que los textos antropológicos, al igual que los mitos y las memorias, existen menos para el mundo de lo que el mundo existe para ellos

NOTAS

1) S. Sontag, "El antropólogo como héroe", en *Contra la interpretación* (Barcelona, Seix-Barral, 1969), pp. 89-105.

2) R. Barthes, *Le Système de la mode* (París, 1967) Trad. castellana: *El sistema de la moda*, Barcelona, G.Gili. 1978; H.Gardner, *The Quest for Mind: Piaget, Lévi-Strauss and the Structuralist Movement* (N. Y., 1973).

3) A. Becker, "The Text Building, Epistemology, and Aesthetics in Javanese Shadow Theater", en A.Becker and A.Yengoyan (Eds.), *The imagination of Reality* (Norwood, N.J., 1979), pp. 211-43.

4) El retruécano, tal como Geertz lo plantea es entre "thoughts" (pensamientos mentales) y "pansies" (las flores llamadas "pensamientos").

5) Se refiere a la concepción "whig" de la historia, tal como Butterfield la estudió en su famoso libro *The whig interpretation of History* (Londres, Penguin, 1973). Dicha concepción, propia de los liberales ingleses, consiste, en palabras de Butterfield, en "ensalzar las revoluciones siempre que tengan éxito, poner énfasis en ciertos principios de progreso del pasado y producir una historia que viene a ser la ratificación, si no la glorificación del presente" (N. del T.).

6) R. Jakobson, "Closing statements: Linguistics and Poetics", en T.Sebeck (Ed.), *Style in Language* (Cambridge, Mass., 1960), pp. 350-77 (Trad. castellana: *Estilos del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1974).

7) Cl. Lévi-Strauss, *A World on the Wane*, Trad. inglesa de *Tristes Trópicos* a cargo John Russell (Nueva York, 1961), p. 31. Aunque Lévi-Strauss prefiere la

traducción de los Weightmans (*Tristes Tropiques*, John and Doreen Weightman trads., Londres, Penguin, 1976), que es además más ciudad, personalmente prefiero usar la de Russell, porque me parece que recoge mejor el tono original francés. En cualquier caso, daré en cada cita tanto la referencia de Weightman, como la del original francés (N. del T.); por motivos de comodidad para el lector, aquí se dará sólo, junto con la referencia original francesa, la de la traducción castellana de Noelia Bastard, revisada hace años (en su primera edición, Bs. As., Eudeba, 1976) por Eliseo Verón, y vuelta a revisar recientemente, para la edición española (Paidós, 1988) por Manuel Delgado. Las citas como tales, salvo ligeras correcciones de detalle en algunos casos, están directamente tomadas de dicha traducción. En este caso, concretamente, la de la p. 33 de la misma; ed. orig. (Paris, Plon, 1955), p. 17.

8) Ed. orig. p. 341; trad. castellana, p. 359.

9) Ed. orig. pp. 46-47; trad. castellana, p. 59.

10) En realidad, y muy en línea con mi tesis de que la cronología de las publicaciones puede ser una guía equívoca del desarrollo de las ideas de Lévi-Strauss, la formulación final de *Tristes Trópicos* se basa en materiales publicados ya en fechas tan tempranas como 1942, de las que el autor ha incorporado pasajes enteros. El libro es tanto una suma como unos prolegómenos, a pesar de que la mayor parte de los escritos clásicos de Lévi-Strauss han ido siendo publicados después.

11) Ed. orig., p. 183; trad. castellana, p. 185.

12) Se trata de las frases con que cierra *Tristes Trópicos*, que concretamente en la edición castellana rezan así: "o el guiño cargado de paciencia, de serenidad y de perdón recíproco que un acuerdo involuntario permite a veces intercambiar con un gato" (p. 468).

13) Ed. orig. p. 336; trad. castellana, pp. 338-39. Para más amplios comentarios sobre este tema en Lévi-Strauss en general, cfr. "The cerebral savage", en C. Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, Basic, 1973), pp. 345-59 (trad. cast. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1987).

14) Ed. orig., p. 315; trad. castellana, p. 340.

15) He sido incapaz de encontrar esta cita en la traducción de Russell; en el original aparece en la p. 132; trad. castellana, 137.

16) J.Boon, *From Symbolism to Structuralism: Lévi-Strauss and Literary Tradition* (Oxford, 1972).

17) Ed. orig., p. 121; trad. castellana, p. 124.

18) Ed. orig., p. 122; trad. castellana, p. 125.

19) Ed. orig., pp. 37-38; trad. castellana, pp. 52-53.

20) He desarrollado este punto en "El salvaje cerebral", y me limito aquí a reafirmarme en lo dicho.

21) Si bien es, por supuesto, parte de mi tesis (de hecho, el meollo de la misma) que la relación entre *ars intelligendi*, arte de la comprensión y *ars explicandi*, arte de la presentación, es en antropología tan íntima que ambas partes resultan básicamente inseparables. Esta es la razón de que considerar a *Tristes Trópicos* como una imagen de su propia tesis suponga revisar nuestra idea de lo que una tesis pueda ser.

22) Ed. orig., p. 50; trad. castellana, p. 62.

23) He empleado aquí la traducción de los Weightman porque es más clara que la de Russell. Ed. orig., pp. 356-57; trad. castellana, p. 372.

24) Para una vívida y mucho más reciente expresión de la ambivalencia de Lévi-Strauss hacia el estrecho contacto observacional con otros pueblos, cfr. *The View from Afar* (Nueva York, 1985) (Trad. castellana: *La mirada distante*, Barcelona, Argos-Vergara, 1985), especialmente la introducción y el capítulo I. Para un análisis de algunas de las implicaciones morales de su postura, cfr. Cl. Geertz "The Uses of Diversity", en S. McMurrin (Ed.), *The Tanner Lectures on Human Values*, vol. 7 (Cambridge, 1986), pp. 253-75.

